

A propósito de la expropiación de Repsol

EVOCACION DE ENRIQUE MOSCONI, UN AUTENTICO GENERAL SANMARTINIANO

Por Juan Carlos Jara

No por conocida, la anécdota resulta menos ilustrativa: en tiempos de la primera posguerra, cuando el coronel Enrique Mosconi se hallaba a cargo de la Dirección Técnica de la Escuela de Aviación Militar, debió sufrir el ultraje patriótico de que un gerente de la multinacional petrolera Texaco le rechazara una orden de compra de combustible exigiéndole el pago por adelantado.

Mosconi reprimió su indignación ante el agravio inferido, no a él sino a la soberanía del país, comprometiéndose desde entonces a batallar por la autonomía energética de la República y a contribuir, “por todos los medios legales”, a “romper los trusts” del negocio petrolero.

“Se non è vero è ben trovato” podría decir Jauretche del episodio - relatado por el propio Mosconi-, ya que, más allá del hecho circunstancial y personal, el mismo da cuenta de una inquietud generalizada en el ámbito castrense de la época.

Allí, especialmente en el seno del ejército, se había originado una fuerte corriente de pensamiento cuyos principales representantes (Baldrich, Vicat, Marambio, el propio Mosconi) veían con preocupación el retraso industrial del país y la consecuente dependencia en materia armamentística y de recursos estratégicos en general.

Esta corriente –no es ocioso destacarlo – estaba más influida por la tradición sanmartiniana del ejército y por la llegada de las clases populares al gobierno que, como se ha querido ver, por el nacionalismo autoritario importado de Alemania y otros países europeos.

“Aquella independencia política que hiciera la generación de Mayo—decía Mosconi en 1918- no ha sido completada”. Y agregaba más adelante: “Sabemos que es necesario estar prevenidos y preparados para defender el patrimonio que hemos recibido de nuestros antepasados y que tenemos el deber de conservar. La independencia del año 10 debe ser integrada con la independencia de nuestros cañones”.

Ya para entonces, Mosconi era uno de los oficiales más prestigiosos del ejército argentino. Había nacido el 21 de febrero de 1877, hijo de padre italiano y madre criolla, y se graduó en el Colegio Militar, con diploma de honor, como el primero de su clase. Recibido de ingeniero civil por la UBA fue agregado militar a la comisión que construyó el ferrocarril de Perico a Orán. Luego de ese primer contacto con la Argentina profunda viajó a Alemania y Francia como integrante de una comisión encargada de adquirir armamentos en Europa. En 1912, ya ascendido a teniente coronel, fue designado para dirigir técnicamente la Escuela de Aviación Militar, cargo en el que vivió la anécdota que relatábamos al principio.

En 1922 accede a la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, ente recién fundado por decreto del presidente Yrigoyen. En verdad, la designación la hizo su sucesor, el oligárquico Marcelo T. de Alvear, lo que demuestra, de paso, que hasta la gestión más reaccionaria puede acreditar en su haber algún acto de gobierno digno de elogio.

Arturo Frondizi cuenta en su libro “Petróleo y Política” que Tomás Le Breton, ministro de agricultura de Alvear, había ofrecido el puesto a un amigo de toda su confianza quien al no considerarse experto en la materia declinó la responsabilidad y le sugirió el

nombre de “un coronel Mosconi”, desconocido por ambos, pero que “había publicado en esos días sus opiniones vinculadas al petróleo”.

“Con este nombramiento, cuyo origen nunca conoció el propio Mosconi -asevera Frondizi-, se había producido un hecho que tendría profundas consecuencias para la política nacional del petróleo”.

El objetivo esencial de Mosconi fue desarrollar la industria petrolera nacional y restringir la influencia y poderío de las compañías extranjeras radicadas en nuestro suelo.

Consecuentemente desplegó, durante ocho años, una laboriosidad poco común, contando con el decidido respaldo de los presidentes Alvear e Yrigoyen, a despecho del retaceado sostén de diputados y senadores –para no hablar de las interesadas críticas de los “grandes diarios”- que si por un lado prodigaban calurosos e hipócritas panegíricos a su persona, por otro escatimaban los fondos y las leyes necesarias para el definitivo despegue de la empresa.

Como paso previo, Mosconi trató de infundir en sus trabajadores la conciencia patriótica que les permitiría asumir el compromiso de bregar por la defensa de YPF, entendida como pieza clave en la soberanía económica del país.

Después buscó que la empresa no tuviera como exclusivo horizonte la producción de petróleo crudo sino que, además, participara de la refinación y venta en el mercado interno, lo que a la vez permitiría abaratar los precios minoristas.

Para ello logró de Alvear el decreto que le brindaba autonomía administrativa y los fondos necesarios para construir una gran refinería. Ésta se erigió en Ensenada, por entonces partido de La Plata, y al momento de su inauguración, en diciembre de 1925, constituyó una de las diez destilerías más importantes del mundo.

En tercer lugar se abocó a la creación de una amplia red de distribución y comercialización de los distintos derivados. Si en 1922 el control de las petroleras extranjeras sobre el sistema era absoluto, en 1927 los surtidores de YPF superaban el número de 700 en todo el país. “A lo largo de la Argentina –dirá el historiador norteamericano Carl Solberg- los surtidores de gasolina, pintados con los colores nacionales y el emblema de YPF, proporcionaban un testimonio vívido de cómo, a cinco años de asumir la dirección de la firma petrolera estatal, el dinámico director general había logrado su objetivo y creado una empresa verticalmente integrada”.

En ese mismo año '27 Mosconi integra el núcleo fundador de la Alianza Continental, entidad que desarrolló un sostenido esfuerzo –según el propio general- “para destacar ante la opinión pública la necesidad de que la riqueza petrolífera argentina se nacionalizase íntegramente”.

Si bien es cierto que en un principio Mosconi había sido partidario del monopolio petrolífero a través de una sociedad mixta entre el estado y el capital privado nacional, al analizar con mayor profundidad el problema llegó a la conclusión de que el único camino a adoptar era el monopolio estatal, “pero en forma integral, es decir, en todas las actividades de esta industria: la producción, elaboración, el transporte y el comercio”. (Prólogo a “El petróleo en el Norte”, 1928).

La ambiciosa propuesta también formaba parte de la plataforma de Yrigoyen al acceder a su segunda presidencia luego del “plebiscito” de 1928. La intención del líder radical, concordante con Mosconi en la necesidad de un “poder político capaz de contener todas las fuerzas opuestas”, era poner en manos del estado “el dominio efectivo de los yacimientos petrolíferos, confiriéndole el monopolio de su explotación y comercialización”. Por algo, en el motín cívico militar que lo derrocó, el 6 de septiembre de 1930, muchos advirtieron fuerte “olor a petróleo”.

Como funcionario y como militar, Mosconi se mantuvo leal al gobierno constitucional hasta el fin. Presentada su renuncia ante su superior, el ministro de Agricultura Horacio Beccar Varela, éste se la aceptó de inmediato. Casualmente, el abogado Beccar Varela se había desempeñado como presidente de una filial argentina de la Shell y, cuando no ejercía funciones públicas, era asesor legal de empresas extranjeras.

Lo cierto es que cuando Mosconi falleció, el 4 de junio de 1940, YPF era una empresa consolidada y superavitaria que había prodigado innumerables beneficios a la República; al decir de Scalabrini Ortiz: “una experiencia que quizá no se repita, hasta el momento en que, despejados los embaucamientos que nos maniatan, ensayemos la experiencia definitiva de la nacionalidad”.